LA TIERRA TE LLEVA

Poemas escogidos

Blanca Wiethüchter



ÍNDICE

Prólogo. Por Vicente Undurraga 7
Nota a la edición 11

De *Asistir al tiempo* *14*
De *Travesía* *27*
De *Madera viva y árbol difunto* *41*
De *Territorial* *57*
De *En los negros labios encantados* *75*
De *El verde no es un color* *87*
De *El rigor de la llama* *95*
De *La lagarta* *107*
De *Sayariy* *119*
De *Qantatai* *129*
De *Ítaca* *145*
De *Ángeles del miedo* *151*
Luminar *161*
Epílogo: Miskiñawi 167

UN LUGAR QUE NO PROMETE GANANCIAS

Por Vicente Undurraga

"Un ser extraordinario, algo paceña de corazón, alemana en cada hueso y, por contradictorio que parezca, aimara de alma". Con estas palabras ha descrito a Blanca Wiethüchter el escritor Jorge Patiño, y parecen precisas al dar cuenta de la mixtura de talantes, o espíritus, que conviven en la escritura de esta maravillosa poeta boliviana. Una obra donde se logra "vivir la pluralidad sin unificarla", incluso si hay en ella recurrencias notorias: la ciudad (pero una "que conmueva el cerco de las montañas"), la cultura andina, la mujer, la tierra, el fuego, la tradición literaria, el amor, todo abordado con una marcada versatilidad, con voces que entran y salen, tonalidades y formas cambiantes, citas y búsquedas aunadas bajo algo que de cierta manera las trasciende y proyecta: la dimensión filosófica, por no decir ontológica, de esta escritura.

En la poesía de Wiethüchter, la lengua parece estar siempre llegando a decir. No diciendo las cosas resueltamente, sino librando una lucha por rozarlas, por quitarles sombra. Las del pasado, las del presente y las que aún no se nos presentan. Dada esa tensión de lenguas

de origen conviviendo en ella ("para mí fue realmente difícil llegar al lenguaje, porque no hablaba bien ningún idioma… he tenido que aprender haciendo", dijo alguna vez), leerla es ver cómo "de un surtidor / salen las palabras de cacería".

Hija de un alemán llegado a Bolivia en 1938 y una chilena de paso por el país que se conocieron por tropiezo en la oficina de correos, Blanca Wiethüchter se crio y educó en La Paz, en los años setenta hizo estudios superiores en España y Francia y luego volvió para quedarse en Bolivia y en el castellano y ser a la vez la local y la extranjera que de algún modo siempre fue. Empezó a publicar en 1975, con un libro significativo ya desde su título, *Asistir al tiempo*, y siguió haciéndolo con regularidad, "como un río buscando" —así se desliza su palabra en el tiempo—, hasta su muerte en 2004. Después vinieron algunos textos póstumos, entre ellos *Ángeles del miedo*, libro que remite a la enfermedad y "los faroles de la muerte" con delicadeza e inmensa fuerza intuitiva.

Blanca Wiethüchter es una figura irradiante en la literatura boliviana y ya lo va siendo en todo el ámbito de la lengua. No es para menos si fue la creadora de poemas en los que "se enlazan vértigos", un "himno al estar", y también una figura literaria de enorme ductilidad, que se desplegó notablemente en la narrativa, la edición, el ensayo y la crítica –hizo la primera tesis sobre la obra de Jaime Saenz, maestro y amigo sobre quien también escribiría un deslumbrante libro evocativo, *Memoria solicitada*–. Cuatro tomos reúnen sus obras completas, el primero de los cuales, de casi quinientas páginas, contiene su poesía entera.

En su escritura poética los sentidos crecen, leerla se parece a sostener un "extraño diálogo junto al vino" en el que la "avidez despierta en cada gesto". También cultivó la enseñanza y el encuentro, como lo deja ver una larga entrevista televisada que le hizo Carlos Mesa, más tarde presidente de Bolivia y a quien la poeta refiere algo que define bien su manera de entender la relación entre vida y literatura: "Es como si hubiera un lugar en el mundo que se llama poesía y que está absolutamente protegido de toda la basura, de toda la cosa horrenda que ocurre, de toda la violencia. Un lugar en el que se produce una comunión y donde se puede encontrar algo que nadie sabe lo que es… Un lugar que no promete ganancias". Donde no hay ganancias, tampoco hay pérdida.

Es esta una poesía donde "la brisa es fiesta". No significa eso que sea sólo celebratoria ni, mucho menos, que esté desconectada del dolor y del mundo. Al contrario, los desasosiegos no faltan, tampoco los pensamientos y las inquietudes históricas y sociales ("Somos esa historia que no se escribe / y que camina con la cabeza cortada"), especialmente las de la ciudad, escenario donde sus versos se despliegan: "En esa vieja / que pide limosna / en la calle Colón / hay una niña llorando". Esto lo supo ver tempranamente Jaime Saenz, que prologó su primer libro señalando que "cantar a la ciudad es cantar a todo cuanto la ciudad implica".

Efectivamente tiene siempre algo de canto la obra de Wiethüchter, de canto de sereno vigilante y también de personaje dostoievskiano caminando por las calles de vuelta a casa en mitad de la noche. Un canto que en ocasiones parece prorrumpido "con el viento que sale de las tumbas de nuestros antepasados", y en ese cantar a

veces armónico y otras veces áspero o desencajado pasa la poeta de rapsodias y evocaciones extensas a formas breves cercanas al haikú y el aforismo: "Caer / es trazar un corredor / en el vacío".

Caer, caída, errar, errancia son acciones repetidas en estas páginas, tal vez como manifestación de un modo de estar y moverse en un mundo donde pese a todo no faltan el júbilo y la ternura, dos refugios ante los miedos, penurias y hostilidades circulantes. Verónica Zondek dice que sus palabras "nos desnudan, nos abrazan y hacen temblar; agudas y tiernas nos incitan a la entrega". En "Canción de cuna", poema glorioso, Wiethüchter lo demuestra a la vez que intuye y concentra en imágenes indelebles esa fragilidad insospechada sobre la cual se sostienen nuestros días en esta tierra:

Mientras un café
y el humo
me dan la medida
de la calma,
esta continuidad invisible
que me suspende
se rompe, dejándome caer.
(...)

NOTA A LA EDICIÓN

Esta selección reúne poemas tomados de todos los libros de poesía de la autora, salvo de los breves conjuntos titulados *Noviembre-79* y *Huesos de un día*, que por su brevedad no se han extractado, en tanto que *Luminar*, igualmente breve, se ofrece íntegro. Los poemas antologados se ofrecen según la edición de la *Obra completa* de Blanca Wiethüchter, publicada en cuatro tomos en 2017 en una coedición entre la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia y la Embajada de Alemania en La Paz. En el primero de esos cuatro volúmenes, titulado *Surtidor de enigmas*, se agrupan todos los libros de poesía de la autora, además de poemas dispersos y juveniles. La edición de ese proyecto clave estuvo al cuidado de Alba María Paz Soldán y Mónica Velásquez Guzmán, quien además firma la introducción y el prólogo del tomo que contiene la poesía.

El título *La tierra te lleva* está tomado del primer libro de la autora, *Asistir al tiempo*. El poema que cierra el libro, "Miskiñawi", fue recogido en la *Obra completa* en un apartado de poemas póstumos dispersos. Agradecemos a las herederas por facilitar la realización de esta antología.

De *Asistir al tiempo*

(1975)

SIEMBRA

Hay tanto silencio en la piel
y sólo nos cubren las manos.
Entra el frío hasta el vientre
como un río buscando.

Hay que descubrir caminos
desandar palabras graves
pensar que morir
es hacer milagros
que el debajo y la tierra
nos pertenecen.

Hay que nacer de adentro
como mineral,
partir la luna en dos,
repartir los días de lluvia,
caminar hasta el fondo,
como el árbol, como la hierba,
caer hasta los ojos
donde nos guarda
constante
la muerte.

SURTIDOR DE ENIGMAS

Escondida cifra
llave y espuela
cómo ahogas tu densa humareda
sin hallar forma ni retablo
que te sostenga.

Reposa en ti la presentida presencia
recobra sus alas en ti la fiera,
en ti el ojo fijo y el viento
oidor de caminos.

El tiempo apresura el sol
ensordece tus gritos,
dónde lo que abraza los caminos,
dónde la fuente
si la sed consume las voces.

Estoy en el campo sin orillas,
sin herencia,
viniendo de buscarte
junto a la tarde
y la ciudad apresurada,
me vierto en testimonio
de tu vigilia
de tu indisciplinada carrera
de aquello que escondes y oscureces.

Inmóviles crecen los minutos
en los instantes que rescato
para la siembra jubilosa:
devoro la luz
fugitiva penumbra.

Este caer,
interminable voz sin nombre
que se guarda en el olvido.

Inalterable asombro
surtidor de enigmas
eres magia y desaliento.

A LA INTEMPERIE

Tanto tiempo
en la memoria constante
dejando de ser semilla.

A la intemperie
reúno ahora los caminos
veo el tiempo envejecer
en el tiempo.

Yo no sé
lo que murmura
en este fervor
que ganamos para la vida.

HACIA OTRO ASTRO

Hay caminos, testigos fijos
que enlazan vértigos
en los temblores de la siembra.

Abren grietas girando
y vuelcan su principio de agua
al término de su propio remolino
agitando alas
parten el fuego
para de un golpe
trastrocar su marcha
hacia otro astro.

Entonces, júbilo ligero
ojo fijo en la simiente
crece el delirio en la pérdida
originaria dicha
salto imposible.

LA TIERRA TE LLEVA

El tiempo se derrama
en el instante.
Estás presente con tu silencio
pasajero constante.

La tierra te lleva
eres tronco común de las raíces
caminas desde el centro
como la llama.

De los árboles crecen los días
en que vives el júbilo
y te haces visible
en tu voz.

Te buscas en la sombra
que te sueña:
único caminante entre las breñas.

(Para F. Rosso)

LA CIUDAD

Es una ciudad levantada,
concentrada y quieta.

Su aire
el último trance del viento
gira el secreto de las nieves altas
y transfigura la tarde
en tu mirada.

De los habitantes
antiguos caminantes,
mana la recóndita llama
que te insta a quedarte
junto a los abismos,
que te empuja a buscar
las corrientes nocturnas,
los ecos y el centro de las espigas.

Inventada para el azul
te reconoce por dentro
y te deja solo
junto a la huella
que escondes cuando te pierdes
entre los árboles.